

LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, Pbro.

JULIO GARRETA

Conocí —si es que esto es conocer— al ilustre músico Julio Garreta, en su lecho de muerte, en San Feliu de Guíxols, el 2 de diciembre de 1925. Había nacido en la misma ciudad el 12 de marzo de 1875.

Acababa yo de ser enviado por mis superiores a ejercer el cargo de Organista-Maestro de Capilla de aquella parroquia. Había ido a tomar posesión de aquel cargo con toda la ilusión del joven sacerdote doblada de la del artista. Estaba en aquel momento dedicándome de lleno al estudio de la Armonía. Al trasladarme a San Feliu de Guíxols pensé en seguida en la posibilidad de poderme aprovechar de las lecciones del gran Maestro residente allí. No pude tener esta satisfacción: moría al cabo de poco de mi llegada en aquella ciudad. ¿Habría sido posible esto, de no haber muerto el Maestro? No lo sé. Decían, los que conocían mucho a Julio Garreta, que cuando alguien le pedía que le diera lecciones de Armonía, contestaba con su característica franqueza: «Ensenyar Harmonia? Si jo no en sé...» Esto, naturalmente, no era la pura verdad. La verdad es que era un gran armonizador, un poco autodidacta, esto sí, pero un gran armonizador. ¿Su autodidactismo le habría impedido de ser, asimismo, gran pedagogo?

Su, también ilustre, conciudadano Agustín Calvet, en un artículo publicado en LA VANGUARDIA, de Barcelona, bajo su conocidísimo seudónimo de Gaziél, le llamó, muy acertadamente gran «pescador de armonías». Tal vez esta frase resuma el autodidactismo y la originalidad inteligente de Garreta.

En la revista local «L'Avi Munné», le dediqué, a raíz de su muerte, un artículo necrológico titulado «L'enterrament del geni». Porque Garreta era esto: un genio.

Recuerdo los escalofríos que me arrancaron las primeras notas de «Juny», la conocidísima sardana de Garreta, lanzada al viento por una cobla, en plena Rambla Vidal, así que la Rda. Comunidad parroquial hubo despedido el cadáver...

Muchos son los que sólo conocen a Julio Garreta como compositor de sardanas. Y aun muchos eran los sardanistas que, acostumbrados a las sardanas puramente melódicas, revestidas de ar-



Monumento a Garreta
en los jardines de la «Devesa» de Gerona.

monía fácil, oscilante de tónica a dominante o a subdominante y nada más, no se avenían demasiado a aceptar como mejores las sardanas de Garreta, cargadas de armonía, que ellos llamaban sardanas de concierto. Y no se equivocaban, hasta cierto punto: algunas de las mejores sardanas de Garreta, sin dejar de ser bailables, podían figurar, en programas de concierto, al lado de una polonesa de Chopin, de un minuet de Mozart, de un vals de Strauss...

Dejó escritas más de ochocientas sardanas. Pero tiene, además, otras notables producciones musicales para orquesta: «Impressions simfòniques», «Suite empordanesa», «Pastoral»... Y una celebrada Sonata para piano en la que pretende, por decirlo así, internacionalizar el movimiento rítmico de la sardana.

Pocos años después de la muerte de Julio Garreta, con ocasión de un homenaje que la ciudad de Sabadell tributó al ilustre músico, tuve el honor de saludar a su señora viuda, con cuya amistad continúe honrándome, la cual ha vivido tributando constantemente culto de admiración al recuerdo de su esposo.

Gerona erigió un monumento a Julio Garreta en los jardines de su «Devesa».

FERNANDO AGULLÓ

Conocí y traté, en los últimos años, en Barcelona, donde murió en 2 de julio de 1935, a este infatigable periodista gerundense, hijo de un confitero de «sota les Voltes de la Plaça del Vi» (donde había nacido en 11 de septiembre de 1863), que en el diario barcelonés «La Veu de Catalunya» popularizó el seudónimo de «En Pol» y que era conocido en la intimidad por «En Nandu».

En el fascículo 12 de los «Annals del Periodisme» (que dirigía en Barcelona Juan Costa y Deu), otro ilustre escritor, también gerundense, Eduardo Girbal Jaume, publicó una extensa biografía de Fernando Agulló, en la que, a través de 140 páginas, nos da una amplia información de su vida y de sus obras.

Poeta premiado en muchos Juegos Florales —en Gerona, Figueras, Olot, La Bisbal y otras poblaciones—, recibió su consagración al obtener el título de «Mestre en Gai Saber» en los Juegos Florales de Barcelona de 1893.

Poeta retórico, declamatorio, romántico «allo Heine», según las corrientes de la época en que se había formado, había publicado, ya en su juventud, los libros de poesías «Marines», «Poesies Líriques» y «Espurnes». En 1905, y bajo el modestísimo título de «Llibre de Versos», recopiló toda su producción poética anterior.

En 1918 volvió a aparecer al palenque lírico con el libro «De tot temps». En 1924, publica «Corrandes», y, en 1925, «Ponentines», su última producción poética. Agulló, literariamente, no había evolucionado a través de los años. El novecentismo no había hecho mella en su pluma. Y decía Girbal, hablando de Agulló: «A cierta edad, un hombre, en cuestión de modas (y las estéticas son modas con la misma frivolidad de todas las otras), lo mejor que uno puede hacer es plantarse». Las revoluciones literarias han de hacerlas y sostenerlas los jóvenes que las sientan y necesitan, y no han de pretender que tengan efectos retroactivos. Sería absurdo y antinatural.»

Hasta nuestra cocina le es deudora de su aportación. Conocidísimo y muy manoseado por las amas de casa es su «Llibre de la Cuina Catalana», que ha merecido los honores de la reedición.

Dio dos obras al teatro: «El Sometent a Girona», estrenada en el Teatro Novedades, de Barcelona, en 1895, y «La Farola», estrenada en el Teatro Romea, de la misma capital, el 17 de marzo de 1925.

Dos años antes de su muerte actuó de Mantenedor Presidente en los Juegos Florales de Barcelona.

Había sido redactor de «Las Noticias» y del «Diario del Comercio», de Barcelona, y colaborador de la «Renaixença», de la misma capital. En Gerona, había colaborado en los periódicos «La



La Costa Brava, nombre perpetuado por Fernando Agulló.

Vetllada», «Revista de Gerona», «Lo Geronès», «Rossinyol del Ter» y «Revista Literaria de Gerona». Y había colaborado también en diversos periódicos comarcales.

Nunca había olvidado su procedencia gerundense. Si hubiese querido ocultarla, hasta su pluma le habría traicionado, ya que, según se decía, el hermetismo del incógnito con que, bajo seudónimo, empezó su colaboración en «La Veu de Catalunya», fue desvelándose debido a sus modismos de sabor netamente gerundense que hicieron entrar en sospecha a los curiosos.

«La Costa Brava» debe, como todo el mundo sabe, el haber sido bautizada con este nombre, que está dando la vuelta al mundo, a Fernando Agulló. Su «acudit» hizo fortuna.

En mi archivo epistolar se conserva una carta suya, fechada en 21 de junio de 1933, en la que me da las gracias por la parte que le dediqué en la conferencia que yo acababa de dar, desde los micrófonos de «Radio Barcelona», bajo el título de «Periodistes Gironins Mestres en Gai Saber», al par que me hacía llegar la queja del viejo periodista Arturo Vinardell por la preterición de que —según el interesado— yo le había hecho objeto en dicha conferencia. Yo le contesté que precisamente me había limitado al título: había hablado de los periodistas gerundenses que en los Juegos Florales de Barcelona habían obtenido el apreciado galardón de «Mestres en Gai Saber» y que únicamente había hecho alusión a algunos otros escritores, de los cuales yo tenía conocimiento o información. Parece ser que el buen hombre, dadas sus conocidas convicciones laicistas había atribuido la supuesta preterición a mi condición sacerdotal. Recuerdo que, en mi contestación a Fernando Agulló, extremé la caridad y comprensión hacia el veterano periodista que vivía retirado entonces en Gerona, en la paz de sus recuerdos, convencido de que Agulló la haría conocer al que, según él me decía, había sido su maestro en las primeras actividades literarias.

Repasando la prensa barcelonesa de la época, uno se da cuenta de la enorme popularidad de que gozaba Fernando Agulló. Nos lo dicen, más que nada, la reseña de su entierro, al que asistieron los hombres más representativos de la época.